

EL ESTRENO DE "ELECTRA," POR LA LIBERTAD.-EL TRIUNFO DE GALDÓS

EL PAÍS TIRADA DE AYER 54.530 POR LA LIBERTAD

Hoy es día de júbilo para El País. No estará ya sólo en adelante en su doble campaña contra el absolutismo y el clericalismo, las dos hidras del pasado, decapitadas por las revoluciones del siglo XIX y que intentan resucitar en el siglo XX.

Galdós, con su sublime drama, levanta la bandera de la revancha liberal. Su voz animadora concita a la juventud para la batalla suprema. En una noche, en unas cuantas horas de representación, se erige en jefe de los jóvenes liberales.

Desacreditados los hombres políticos, en su mayoría, atentos sólo a sus medros personales, huecos de ideal, llenos de concupiscencias incompatibles con el culto espiritual y altruista de la Patria, perdieron ya el cetro y las riendas con que regían a la opinión.

Descartados los hombres políticos, sólo que dan al frente de la nación los hombres de letras.

No es sólo en España donde se verifica ese singular fenómeno de que las jefaturas de los muchedumbres pasen de los hombres de acción, a los hombres de pensamiento.

Agotada la generación de políticos, surge a ejercer la hegemonía de los pueblos la generación de intelectuales.

Rusia está hoy regida más que por Alejandro, emperador, por Tolstoy; Alemania tiene un jefe, Sudermann; Francia aclama a Zola; los escandinavos veneran a Ibsen, Polonia a Siemkiewicz, Italia a D'Annunzio, Portugal a Guerra Junqueiro, Inglaterra a Keopling, espíritus selectos que ofrecen sacerdotales inmensos, en el altar del Progreso de la Libertad, de la Democracia y de la Razón.

No podía quedar España aislada de esa noble tendencia a vivir una intensa vida intelectual. Los brillantes jóvenes que empiezan con tantos alientos la carrera, han aprovechado la ocasión de una obra maestra del gran Galdós, para levantarlo sobre el parís de las proclamaciones literarias, concediéndole el puesto de Presidente de la República fraternal de los hombres de letras.

En la hora de decadencia de los pueblos, son los literatos los que dan la señal de la resurrección.

En Francia anunciaron la explosión de la libertad de 1830 los Hugo, los Lamartine, los Nodier, los Dumas. En España Espronceda, Larra, el duque de Rivas, escritores y poetas, se adelantaron a las revoluciones, las presagían y preparan y se lanzan a ellas en la vanguardia de los combatientes.

En este nuestro mortal desmayo de 1898, cuando todos han fracasado, surgen a la lucha los cerebros pensadores, las plumas nerviosas, los caracteres nuevos, las almas vibrantes y al frente de ellas un hombre antiguo por su historia, pero del porvenir por sus entusiasmos inagotables y su fe creciente en el progreso indefinido.

El País ofrece, goceado por tan hermoso espectáculo, sus columnas a esa juventud que anoche aclamaba en Galdós la protesta viril del nuevo siglo contra el pasado odioso de reyes y de frailes.

¡Ojalá este esfuerzo baste para despertar a la opinión!

ELECTRA habrá sido el comatón que llama a la lucha por el ideal a la Joven España.

GALDÓS VIDENTE

Hay hombres que tienen la terrible misión de representar el mundo de las ideas y de los hechos. Su vida no es vida de pasiones, ni de esperanzas, ni de carifios; como las cumbres de los grandes montes, están rodeados de soledad y de silencio.

Hoy en Galdós nuestras afirmaciones han tornado conciencia, mañana quizás adquieran en otro voluntad.

ELECTRA, es grande, de lo más grande que se ha hecho en el teatro. Como obra de arte es una maravilla, como obra social es un aríete. Luchan allí los dos principios que se agitan en nuestra sociedad moderna; la rebeldía por un lado que suena en la conquista del mundo para el bien, para la ciencia, para la belleza, para la vida, el dogma por el otro que quiere afirmar la vida, para ganar el cielo después de la muerte.

El ideal del rebelde tiene la belleza de lo que va a ser fuerte, lozano, espléndido; el ideal del creyente está adornado con las flores del arte, con los perfumes del incienso, con los rumores del órgano; tiene la inmensa poesía de las decandencias, de las cosas que han sido.

En **ELECTRA** el rebelde vence al creyente, pero no lo aniquila, no lo mata; sabe que en el cerebro de su contrario hay una idea grande también, y que esa idea no puede morir por la violencia.

Y no debe morir. Tenemos todavía en nuestra España un sentido religioso en el espíritu, vago e incierto; un rumor de iglesia en el alma; y ese rumor de iglesia, esa fe, no debe permanecer inmóvil en el cauce frío de una religiosidad hierática, sino que debe elevarse y elevarse cada vez más y servir de aureola a nuestra vida.

La obra de Galdós en un país como el nuestro, que no es más que un feudo del Papa, en donde el catolicismo absurdamente dogmático ha devorado todo: arte y ciencia, filosofía y moral, en un país borrado del mapa, porque el hecho histórico de España casi no existe ya; en un país, que si tuviera que calificarse con exactitud, habría que llamarlo estado pontificio; la obra de Galdós es una esperanza de purificación, es la visión vaga de la Jerusalén nueva que aparece envuelta en nubes.

El Galdós de hoy, el Galdós vidente adquiere ante nosotros, ante la juventud que busca un ideal y no lo encuentra, un compromiso grave, una terrible responsabilidad; no impunemente se puede ser la conciencia de una multitud... Y mientras tanto, aplaudamos a **ELECTRA** que rompe las trabas que le aprisionan en su medio social, y como ella rompa nosotros los dogmas en mil pedruzcos para fundirlos en el crisol de nuestro corazón, en el crisol de la vida, del amor, de la luz...

Pío Baroja.

EL PÚBLICO Desde dentro

Es el ensayo general de **ELECTRA**. En las sillas de orquesta, a la derecha de la concha, los jóvenes; desmenuados entre el público, los viejos. Los jóvenes son pocos; veinte ó treinta a lo sumo; los viejos son legión y se encuentran tan solos... Hechegaray tiende la mano a un principiante que se encamina a su butaca. El joven guarda la mano en el bolsillo y sigue en dirección a las sillas de orquesta.

Se escuchan las canchales. Galdós va a hablar. ¡Silencio! Hecho Galdós. Las orejas se escuchan hambrientas. Corren escalofríos por las médulas; la acción principia tranquila y apacible, pero ilumina cada vez más su interior. Sin saber cómo se presenta lo épico... y en las sillas de orquesta todos estamos pálidos.

Dice, la Moreno: «¿Cómo me abruman las conciencias ajenas! A Palomero le retumba la frase en las dos manos. Nos levantamos para aplaudir, se escuchan «¡oh!», que nadie sabe de dónde viene, pero todos alzamos los puños, callan los ruidos, atemorizados, y la ovación se hace estupefacta.

¡La batalla está ganada... pero hay que asegurarla!

Termina el primer acto; como nuestra alma está llena de ideas, hablamos para adentro, tampoco habría tiempo de conversar; a los dos minutos vuelve a alzarse el telón. «¿Qué opinyón me dice Ricardo Fuente, con las mejillas inflamadas de entusiasmo, ¡el tan frío, tan impasible, tan estóico!... «Cuanto hemos pensado y soñado y anhelado los jóvenes, aquí encuentra su cristalización gloriosa! se le escapa a Manuel Bueno. Y comenzamos a prorrumper en braves. Ya no se escuchan «¡oh!» En las sillas de orquesta hay buenos puños y ganas de esgrimirlos. Cuando baja el telón todos estamos roncos.

En los pasillos las malas bestias murmuran en voz baja. Llegan a los oídos de Anadón Vives la noticia de que Arimón se ha permitido un chiste y el maestro catalán, con su pierna coja y su brazo medio muerto pretende extrangularle. Se me asegura que Sellés echó de menos en Galdós la fantasía y pregunto: «¿Dónde está ese hombre?». Y no se le encuentra.

Tercer acto. Un idilio, sublime, incomparable. ¡La vida y el amor!... ¡La ciencia y el ensueño!... ¡Romeo y Julieta y el Dr. Pascual! ¡Bravo, bravo!, repiten rabiamente nuestras voces atónicas. «¡Aquí se ha revelado todo el sentido de la tierra!», grita Pío Baroja. «Y el del siglo que empieza!», añade Adolfo Luna. Aparece en escena el jesuita y estallan nuestros odios comprimidos... ¡santo atisemo de la raza!

Segundo entreacto. «¿Qué tal?», pregunto a Martínez Ruiz: «¿Enorme de hermosa!» minutos antes le había acusado de tener nervios de sebo... ¡y me entraban anhelos de abrazarle! «No le parece que hay mucho simbolismo», dice un crítico... ¡y gracias a que se nos garantiza la admiración de ese escritor!

El jesuitismo ya no se atreve a protestar de cara, pero busca las vueltas. «Para que no deje de venir gente habrá que ser parcos al juzgar la obra», susurra alguien melosamente. «¡Creo usted que somos nosotros liberales! Allí los viejos con esa candidez! Nuestra fórmula es otra: «El cielo para los creyentes, pero la tierra para los descreídos», se le contesta.

Y luego, en la escena, dice Galdós del noo: «¡Hay que matarlo! Nuestros bravos atónicos resuenan milagrosamente por el teatro... Y la ovación no se interrumpe. ¡Galdós! ¡Galdós! ¡pedimos. Y Luis Bello remacha el pensamiento.

to: «¡Ya tenemos un hombre en el que creer!», mientras Valle-Inclán, el enemigo de la emoción en la obra de arte, lora por detrás de sus quevedos.

«¡Hay mucho simbolismo!», repito no sé quién en los pasillos, y Joaquín Borolla le increpa de este modo: «¡No sea usted animal!»

Y siguen las ovaciones en el quinto acto. Las almas frías nos miran estupefactas... Pero Galdós ha extraído de todos los espíritus los sentimientos nobles... y a cada palabra surge una ovación: no logran los autores ni terminar frases; ¡qué aplausos... y qué conqueras!

Acaba la obra. «¡Galdós, Galdós!» pero don Benito ruje la salida al palco escénico. «¡Galdós, Galdós!» pero Galdós no sale.

«¡Y hay que traerlo!»

De las sillas de orquesta se precipita un joven al escenario, rompiendo las candilejas; volteo lo siguen y agarran a Galdós.

Ya está en la escena, ¡solito... quién con derecho a acompañarle?

«¡Oh, noche, noche hermosa, en que por primera vez hemos sentido junto a nosotros la presencia del genio y la suprema alegría de poder admirarle hasta rendir el alma entera en sobrehumano vasallaje!»

«¡Oh, noche histórica la del 29 de Enero!... Los os conjuro a todos, jóvenes de Madrid, de Barcelona, de América, de Europa, para que os agrupéis en derredor del hombre que todo lo tiene y todo lo ha arriesgado por una idea, que es vuestra vida, la de los hombres marcesedores de la vida. ¡Lo habéis visto!... El hombre de la ciencia, del cálculo y de la exactitud, la inteligencia fría e impasible, tiene un ensueño superior; **ELECTRA**—ese hombre es Galdós—y **ELECTRA** somos nosotros—los hombres y la tierra.

Ramiro de Maeztu

Desde fuera

Una de mis mayores contrariedades en la vida, la sufrí ayer. Me produjo esta contrariedad el no poder asistir a la **primera** que en el Teatro Español se celebró del drama de Galdós **ELECTRA**.

Cuando por la tarde en la Corvecería vi la selosión de entusiasmo entre mi compañeros, provocada por la obra del insigne novelista, comprendí lo justificado de mi contrariedad: Valle Inclán el inconmovible, el que discute todo los literatos habidos y por haber, con un criterio independiente que atemoriza solo a los espíritus pasivos, estaba vibrante de entusiasmo; Maeztu, repleta en su emoción una alegría heroica, peligros para los que se encuentran en el radio de acción de su junquillo, que agitaba nerviosamente; el dulce y persuasivo proponía con melosa voz, para apoteosis de todos los ditirambos, que mar diez ó doce convulsos y degollar unos cuantos frailes (moralmente, se entiende); Pío Baroja, el sombrío novelista, había roto el hielo de su vida contemplativa y decía que era preciso decir cosas fuertes, y el fuego que agitaba su alma, brillaba con extrañas luces en su mirada; Angel Guerra y todos los que allí estaban participaban de igual emoción artística.

Facilmente comprondí tal entusiasmo, y mi alma respondía al unsono de la emoción que agitaba los espíritus de mis queridos compañeros. Indudablemente Galdós, con su temperamento de artista, cristalizó en forma insuperable la aspiración social de los españoles que aman y esperan: la lucha a la reacción enteca y escorfulosa que hoy avanza asoladamente con hábitos frívolos; la reacción despreciable, que como dice Bonavente, huye de las catedrales para llenar las capillas de almidón y purpúria; las capillas de los jesuitas, donde según perfecta observación; la luz es oscuridad, la música discreta y la hostia marrón-glacié.

Galdós ha cristalizado esa aspiración que hoy agita las conciencias, y a Galdós debe rendirse pública muestra de admiración como hacen esos jóvenes artistas, dignos *contenidos de Prólogo*, Sr. Viérgol.

Yo soy en un poeta que los enemigos de la sociedad pueden sintetizarse en dos grandes símbolos: D. Juan y Jehová. Jehová, que para este caso es la reacción, anda en la naturaleza y es el milagro; anda en los códigos y es el privilegio; anda en las religiones y es el dogma, según el pensador.

Galdós, el ilustre maestro, cree que ya no basta cantar la libertad, sino que es necesario matar la reacción; y nos dice como el vate lusitano, Guerra Junqueiro; no basta hacer la apoteosis de Cristo, es necesario abofetear a Judas; no basta cantar la estrella, es preciso aplastar el gusano.

Óigamos la voz del maestro.

Camilo Barylela.

LOS NEOS

Ayer mañana vino a interrumpir mi descanso después de la comida, un amigo del alma y hermano de ideas. Apareció muy agitado y con señales de que algo le revolvió el magín pugnando por salirse cuanto antes.

«¡Chico, si no te hallo en casa, si no tengo con quien desahogarme reviento, dijo.

«¿Qué te pasa, hombre? Abre esa boca.

Vengo de una reunión de neos, ya sabes en casa de N... Mejor debía llamarla congreso de escorpiones ó de víboras.

«¿Se trataba, pues, de los frailes franceses? No, de Galdós y de su **ELECTRA**, ¿verdad? Aquello ha sido el paroxismo, el diluio del odio, la locura patológica y al mismo tiempo el pánico. Tú sabes como nadie cuanto aburren los neos al autor de *Gloria de la Familia de León Roch* y de *Doña Perfecta*: es su *abominable*, su *pesadilla*; ven la influencia que toda su obra tiene en nuestro público y... como novelista de un pueblo que se desmorona, aún le sufrían rabando; pero Galdós en el teatro ¡en el teatro donde otros de menos talla tanto han dado que sentir al neomil! ¡Ah eso nunca, nunca! Figúrate cómo estarán, no, no te lo figuras aunque te lo sabes de memoria, porque era necesario que los hubieras visto ahora.

«Comprendo y me parece verlos. En medio de la ingrata labor que se trata para impedir representaciones del *Juan José*, de *La Pasiónaria* y de *La Tosca*; fados en el éxito de la con-

jura permanente de abonados que imponen a las empresas vetos recibidos en el confesonario; de obispos que se erigen en censores y de empresarios tímidos como García Ortega; amasados los Sellés, los Echeagaray, salir de pronto una figura gigantesca, piqueta en mano, es mucho más de lo que la soberbia jesuitica puede tolerar. Pero, ¡tan pronto han sabido el suceso!

«Antes de la madrugada se tenía noticia de él en muchos centros. El mismo estaba representado en la concurrencia al ensayo por algunos de esos jesuitas que no lo parecen: esta mañana en las sacristías jesuiticas ya era conocido el argumento, y se comentaban los rasgos más salientes y las frases explosivas de la obra, entre maldiciones y amenazas. Parece que el primero fué el estupor. Habían creído que D. Benito no haría nunca más que llevar al teatro novelas publicadas, un original para la escena les ha sorprendido, y su magnitud los ha dejado atónitos. Después han reaccionado, se creen fuertes, se ven los amos de España y... se lo suponen; le conjura se impone, pero no se entienden al menos en los primeros momentos; verás.

«Estaban reunidos en casa de N. lo menos ocho cuando yo entré, dos de ellos con sus mujeres; había un jesuita de sotana, otros dos de capa corta, un aspirante y el inevitable sabio, ya te figuras...

«Si, sí, adelante.

«Aquello era un gallinero. Se habló de enviar al teatro las turbas del círculo de obreros y de repartir entre los jesuitas papeles de reventadores distinguidos. Las mujeres se pronunciaron por la debandada del abono mediante amenazas a la prensa, en la conservadora y vis á vis en los salones, declarando además cursi á todo el que asista a las representaciones de **ELECTRA**. Este pensamiento pareció poco eficaz á todo el que estaban por obtener del obispo de Madrid la excomunión ó prohibición canónica motivo para la gubernativa, pero las mujeres decían que el obispo es un canchales llo de miedo á las notabilidades liberales y á la prensa é incapaz de excomulgar á nadie como no sea á algún obispo pobre.

«¿Uso decían? Tiene gracia.

«¿Oreías que hubo quien habló de bombas y de petroleos porque todos los medios, dijo, son buenos contra el Anticristo? Ah, obispo, era delicioso en medio de todo vollos echar espumas rajas. ¡Horror, abominación! ¿Eso se oían? ¡Desgracia en el teatro que la solución es material, matar á los jesuitas y á los frailes! ¡quemar sus conventos! No, no, aquí hace falta algo grande, inmenso, la Inquisición es poco, los medios hasta aquí empleados merecen estaplamos.

Y uno muy aplaudido por los demás dijo: Si eso prospera, iremos á la monarquía y la derrotemos que ya no somos suyos sino de D. Carlos ó de quien quiera librarnos de Satanás desbordado, que hasta nos iremos de España en último término... (aquí una explosión de ira tremenda), ó nos defenderemos nosotros y seremos los que maten y los que incendien...

«Ejmos juntos el amigo y yo á la calle, recorrimos ciertos sitios frecuentados por neos y les hicimos hablar. En todas partes el mismo furor con las mismas frases, pero en medio de esa ira notábase el desmilito y el temor. ¡Toda la obra de Galdós, concentrada de modo que el pueblo la pueda tragar y digerir en una noche; descubrir el secreto con tanta valentía y oficio; descaeramente rompiendo con hipocresías por tan largo tiempo implantadas á fuerza de labor incansante el matalal de otros tiempos, ha caído sobre los neos como un alud, como un *masse théel*, *phares* ó toque apocalíptico de juicio universal y no pueden ocultarlo.

No ¡y en que ocasión! En el despertar de la conciencia liberal, cuando la indignación del pueblo empieza á manifestarse ante una próxima invasión frívolal! ¡Quién lucha con ese gigante? Ya no es *Juan José*, que aún arrastraba á la clase media, no es el nebuloso *Loco Dios*, que han de incomodar ni conmovido á nadie, no es *Carlos II el Hechizado*, es mucho, muchísimo más, algo que arrastrará á las masas, que quedará, que recorrerá toda España peso á los obispos, un verbo del gran ideal humano contra la opresora teocracia realmente viviendo de fuerzas prestadas y de populares marasmos...

«Esto es ver á través de las expresiones de furor, de los mohines calculados, de fingido desdén y de ciertas sinceridades del despecho.

«Y con qué y con quién responderá el jesuitismo? ¿Dónde tiene otro Galdós? ¿Dónde un poderoso ingenio que desvie la corriente de **ELECTRA**, si circula por las masas *electrizadas*?

«¡Qué alegría sentimos ya solos al decirnos: El arte verdad no es clerical, el genio no es jesuita.

Pío Quinto

PEREZ GALDOS

De nuestro querido colega el *Heraldo de Madrid*, tomamos los siguientes curiosos datos referentes al ilustre autor de **ELECTRA**:

«Pérez Galdós vino á Madrid desde la hermosa isla de Gran Canaria, donde ha nacido, algunos años antes de 1863.

«Era entonces un joven de diecisiete años, que trató de su tierra al grado de bachiller, y al que su familia mandaba á completar sus estudios en Madrid.

«Y á Madrid vino D. Benito, y se matriculó en la Universidad Central para seguir la carrera de Derecho.

«Curiosamente estaba cuando estalló la Revolución de Septiembre; pero no le arrastraron los entusiasmos revolucionarios, que tan fácilmente se desencadenaban en aquella época, ni la vida pública del club, del mitin, en que se empleaba la actividad de aquella pléyade de jóvenes que el movimiento político sacó de las aulas para lanzarlos á la lucha.

«Entonces era un joven de poco más de veinte años; pero que parecía, por su reflexión, por su seriedad, por su alejamiento del bullicio, lo que ha parecido siempre: un hombre de mucha más edad que lo que tenía.

«El Ateneo fué su hogar intelectual; pero dentro de la decora Casa, establecida todavía en su gloriosa morada de la calle de la Monja, se alzaba de los resonantes debates del *salón de las sesiones animadas*; por la palabra cantada de Ravilla y por las polémicas apasiona-

das del P. Sánchez, para refugiarse en la Biblioteca, donde procuraba pasar ignorado.

«Sus primeros artículos literarios se publicaron en la *Revista de España*. José Luis Albarada, que la había fundado hacía pocos años y que tenía un gran instinto para conocer á la gente que valía, recibió un día, entre otros originales, unos artículos referentes á la catedral de Toledo.

«Los leyó, y quedó encantado; los firmaba Benito Pérez Galdós, y aunque este nombre no decía nada entonces, no sólo los dió á la imprenta, sino que procuró conocer á su autor, y cuando lo consiguió, puso á su disposición las páginas de la *Revista*, en la que colaboró desde entonces asiduamente.

«El *Ateneo* y *La Fontana de Oro* fueron sus primeras novelas, en las que se ve el germen de su obra magna, los *Episodios Nacionales*.

«Da cuenta época son sus notables estudios de costumbres, como *El artefacto de fondo* y crónicas políticas no firmadas, en que se revela el espíritu liberal del que habla de escribir *Gloria y Doña Perfecta*.

«Don Benito, como se le llama generalmente, es uno de los hombres más ordenados que existen. Se levanta en todo tiempo muy temprano y se pone al trabajo.

«En el cajón del lado izquierdo de su mesa tiene un paquete de cuartillas en blanco. Sacas las que ha de llenar, las numera y, cuando ha trazado sobre ellas los renglones de su letra diminuta, las va depositando en el cajón del lado derecho, hasta que completan la obra que se propone escribir.

«Muchas cuartillas están ilustradas; porque D. Benito, que es correcto dibujante, traza siluetas de los personajes que va creando y pinta escenas de las que va describiendo.

«A mediodía de su labor, y por la tarde, después de comer, sale á pasear, por regla general sólo, y al anochecer, después de recorrerlas, llega al Ateneo y hojea los periódicos y revistas extranjeras.

«Casi nunca le dan las ocho de la noche fuera de su casa ni las once fuera de la cama.

«Padeció mucho de jaqueca, y el dolor le atenaca cuando quebranta su régimen.

«La celebridad le abrió la puerta de los salones, y no quiso frecuentarlos por no trasnocharlo. Pero si en vez de una invitación para una *soirée* ó para un *baile*, recibe D. Benito una cartita en la que se le invita á un *teú á-teú* por la tarde, y la que hace la invitación merezca la pena como archivo ó como tipo digno de estudio, el insignie literato está en sus glorias y no hay miedo de que falte á la cita.

«En esas entrevistas particulares, Pérez Galdós ha aprendido muchas cosas de las que nos ha contado en sus novelas.

«Otra de sus distracciones favoritas es la música, y en su cuarto de trabajo no falta nunca un *armarium*, delante del cual se pasa muchas horas ejecutando música clásica.

«La menos conocida de sus obras es la contestación á un discurso de la Corona, que escribió siendo diputado é individuo de la Comisión del Mensaje.

«Vivia mucho, sin despedirse nunca de nadie ni escribir desde donde reside, y vuelve á aparecer, después de largas zambullidas en Inglaterra, en Italia, en Holanda, en cualquier parte de Europa.

«Para esta independencia le ayuda mucho su posición de solterón recién casado. Pero aunque no ha doblado la cerviz al dulce yugo, no puede estar aislado y sin los efectos de la familia, y vive con dos hermanas suyas y un sobrino ingeniero.

«Su inteligencia vigorosa y fecunda no da **ELECTRA** apenas ha terminado la tercera serie de los *Episodios Nacionales*, y cuando se prepara para escribir la cuarta.

«Y con **ELECTRA** nos da armas para combatir la reacción triunfante.

«Bravo, D. Benito, y adelantate!

Instantáneas

Impresiones recogidas durante la representación

ELECTRA es la gloriosa bandera, bajo la cual se agrupan cuantos se prestan á combatir por la verdadera España, ¡por la España de la libertad, en los próximos *Episodios Nacionales*, que han de ser los más hermosos de todos.

Justo era que quien escribió tan admirables páginas de la historia patria, esa también el que escriba la primera línea de las páginas futuras.—L. de Terán.

ELECTRA, á mi juicio, encarna la sed de ideal que todos peregrinamos, unas veces por las encrucijadas de la rutina y otras por la luz que calienta é ilumina; su obra es la vida que ama y crea, es un poema que como en los de Shakespeare relampaguea el genio y ruga la pasión, viene la verdad y subyuga la poesía.—E. Alonso Oveira.

No es hija de Chitemnestra ni es hija de Agamenón; **ELECTRA** es obra maestra en la que Galdós demuestra su genio y su inspiración.

Gonzalo Cantó.

Yo contemplo en esta divina **ELECTRA** el símbolo de la España rediviva y moderna. Ved como poco á poco la vieja patria retorna de su ensueño místico y va abriéndose á las grandes iniciativas del trabajo y la ciencia, y ved como poco á poco va del convento á la fábrica y del altar al yunque. Saludemos la nueva religión, Galdós es su profeta; el estreno de los talleres, sus himnos; las llamaradas de las forjas, sus luminarias.—J. Martínez Ruiz.

Pérez Galdós con **ELECTRA** ha enriquecido nuestro teatro con una joya de valor inestimable, y proporcionado á la libertad un triunfo contra la reacción.—José Mestanza.

En la tristeza de estos tiempos para España conforta mi espíritu apreciar que el público, con ser tan hermosa la obra, aún más que á éste aplaude su espíritu y tendencia.—Hidalgo Saavedra.

Después de aplaudir con el calor que se merece la última prueba del colosal ingenio de Galdós, no cabe más que gritar con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Viva la libertad! ¡Abajo el obscurantismo!—Javier Luacha.